

Frag- mento

Este fragmento corresponde a la novela *Geología de un planeta desierto* (2013). Obtuvo el Premio Municipal de Literatura de Santiago y ha sido publicada por Alfaguara en Chile y Colombia.

Patricio Jara

A poco de la esquina de avenida Argentina y Club Hípico, empotrado en la ladera de uno de los cerros que sigue su contorno, hay un enorme estanque de agua que nunca funcionó. Un tambor de latón tan grande como una casa de tres pisos. Aún conserva la escalerilla que desde siempre tentó a los valientes a tratar de subirla.

En los 80 había mitos sobre el estanque, se decían cosas: que algunos llegaron hasta el final de la escalera, abrieron la escotilla y se encontraron con una piscina de agua verde. Otros pronto agregaron que en esa agua verde "algo se movía", aunque bastaba lanzarle un par de piedras desde fuera y escuchar el eco para darse cuenta de que el estanque permanecía completamente seco.

La escalera estaba tan oxidada que muchos preferíamos quedarnos merodeando en los alrededores, en una suerte de intersticio que separaba al estanque de la pared del cerro y a la vez era su cara oculta. Aquel sitio, en algunas horas del día, servía de refugio para una fauna peligrosa. Estoy seguro de que si hoy subiera encontraría las mismas cosas que hace 30 años: revistas pornográficas deshojadas, vestigios de fogatas, ropa sucia, palomas muertas y restos de otros animales cocinados en pequeños asaderos, cuando no semien-

terrados entre las piedras, y todo perfumado con un penetrante olor a tierra mojada por litros de meado que el sol nunca termina de evaporar.

La cara trasera del estanque es un pasadizo que huele a óxido, a cueros curtidos. Hay bolsas con pegamento, condones, toallas higiénicas sucias, cajas de vino aplastadas y con sus impresos decolorados, latas de cerveza, restos de vidrio, manchas de sangre seca. Alguna vez alguien encontró un puñado de billetes de mil pesos embetunados con mierda. Pero nada de lo que allí se podía encontrar, ninguno de los cuentos sobre las cosas que pasaban allí arriba se compara con el miedo que teníamos todos: que con algún temblor el estanque se viniera rodando en picada hacia los edificios como una bola contra los palitroques.

Algunos metros más abajo, antes de llegar a la línea del tren que separaba nuestro barrio de los cerros, hay una caseta abandonada donde, decían los más viejos, estaba la bomba que hacía funcionar al estanque, pero en el 73 los milicos se la llevaron.

La caseta estuvo vacía y cerrada por muchos años, hasta que un día llegó a vivir ahí un vagabundo al que llamábamos Daniel Boone. Tenía la misma gorra del personaje de la serie que daban en te-



Patricio Jara

Geología de un planeta desierto

ALFAGUARA

levisión. A veces, por las noches, Daniel Boone se emborrachaba y comenzaba a recitar un poema llamado *La higuera*, el mismo que tiempo después tuve que aprender de memoria para una clase de castellano en el colegio, cuando las poesías se recitaban frente a todos los compañeros y haciendo las mímicas del caso, porque eso también llevaba nota.

El poema es de Juana de Ibarbourou, por lo tanto, teníamos que decir "La higuera, de Juana de Ibarbourou, uruguaya" y luego lanzarnos a repetir palabra a palabra, línea a línea. Pero a todos se nos hacía difícil porque el poema hablaba de limoneros, ciruelos, naranjos, jardines frondosos y nadie en el norte había visto jamás algo como lo que se describía, al punto que ni siquiera éramos capaces de imaginar cómo serían los "ciruelos redondos" o los "naranjos de brotes lustrosos". Lo único que los niños del barrio sabíamos distinguir eran los tipos de tierra y los tonos de la arena. El desierto, a fin de cuentas, poco a poco se iba metiendo en el barrio sin que nadie entonces se diera cuenta.

A medida que la primera generación de vecinos envejeció, la tierra y el polvo avanzaron hasta rodearlo todo. Ha sido un proceso lento pero inevitable, del que solo se puede dar cuenta alguien que ha estado ausente por un tiempo largo. Es mucho peor y mucho más definitivo que el aluvión de 1991. Aquella vez todo se embarró de la noche a la mañana y ese barro, a las semanas, era una cubierta de tierra seca que entre todos los vecinos sacaron a paladas. Pero hoy esa gente está muy vieja para impedir algo así: cojos, con el pelo blanco, flacos y encorvados van y vienen con sus bolsas de género desde la feria o desde alguno de los pocos almacenes que van quedando luego de la llegada de los grandes supermercados. Así se mueven los vecinos del barrio, lentos, como fantasmas a plena luz del día, caminando allí donde la tierra se ha comido los antejardines y las escaleras de entrada a los edificios. Lo que alguna vez fueron áreas verdes o espacios de juego, a todos dejó de importarles cuando los niños crecieron, cuando nosotros crecimos.

El nuestro era un barrio rodeado de murallones que aislaban a los edificios de los cerros. Nacieron junto con los planos que en los 60 dieron forma a estos blocks numerados; edificios con departamentos de tres dormitorios, cálefont dentro del baño y tendedero con artesa.

Durante el tiempo de los milicos, estos murallones sirvieron como pizarrón para las consignas contra Pinochet. Casi todas aparecían escritas a la mañana siguiente de las noches de cacerolazos. Nadie nunca veía nada, nadie nunca vio a alguien rayando. Aunque hubo una vez, una única vez, que todos vimos a los que rayaban. Fue para el plebiscito del 88, pero no eran chicos de las JJ.CC., precisamente, sino partidarios del *Sí*. Aparecieron una tarde en una camioneta blanca y escribieron con *spray* azul sobre lo que estaba puesto con rojo. Iban en tres vehículos. Del último nadie se bajaba a rayar. La gente que iba dentro solo miraba con sus gafas oscuras. Poco después, para el aluvión, aquellos murallones se convirtieron en cataratas de barro y piedras que lo inundaron todo.

Uno de los que más sufrió aquella noche de lluvia interminable fue nuestro vecino del primer piso. Tenía un Renault blanco que se compró con el di-

nero de su jubilación. Lo cuidaba tanto que cada noche lo cubría con una carpa de lona. Además, cada fin de semana lo lavaba con esmero en el antejardín.

Hoy el auto tiene el techo con los bordes carcomidos y la pintura es una costra densa, salitrosa, que anuncia, si se mira de lejos, un irreversible tono gris que terminará por oscurecerlo por completo. El pasto del antejardín también se ha secado y el Renault parece un animal viejo y enfermo, confinado a un establo sin techo que lo proteja. Pero el vecino, que se llama Pierre y jugó fútbol con mi papá, no se da cuenta y lo sigue lavando semana a semana, aunque ya no lo use, aunque quizás el motor ya no funcione. ■

Patricio Jara es Profesor Asistente de la FCEI, periodista y licenciado en comunicación. Ha desempeñado la docencia en varias instituciones de educación superior como la Pontificia Universidad Católica de Chile y las universidades Diego Portales y Del Desarrollo. En la Facultad de Comunicación e Imagen imparte los cursos de Lenguaje Escrito y Redacción, Taller de Periodismo Narrativo y Taller de Creación Literaria.